

Kim Thúy
Vi
UNA MUJER MINÚSCULA

TRADUCCIÓN DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2018
TÍTULO ORIGINAL: *Vi*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© Les Éditions Libre Expression, 2016
© de la traducción, Laura Salas Rodríguez, 2018
© de esta edición, Editorial Periférica, 2018
Apartado de Correos 293, Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-70-0
DEPÓSITO LEGAL: CC-231-2018
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Mekong | *Cầu long* | nueve dragones

Tenía ocho años cuando la casa se sumió en el silencio.

Bajo el pequeño ventilador colocado en la pared blanco marfil del comedor había un gran cartón de color rojo vivo que soportaba el peso de trescientas sesenta y cinco hojas. Cada hoja indicaba el año, el mes, el día de la semana y dos fechas: una según el calendario solar y otra según el calendario lunar. Desde que fui capaz de encaramarme a una silla se me reservó el placer de arrancar una hoja al despertar. Era la guardiana del tiempo. Dicho privilegio me fue arrebatado cuando mis hermanos mayores, Long y Lộc, cumplieron diecisiete años. A partir del día de su cumpleaños, que no celebramos, mi madre lloraba cada mañana delante del calendario. Me daba la impresión de que se desgarraba al mismo tiempo que arrancaba la hoja del día. El tictac del reloj, que normalmente nos arrullaba a la hora de la siesta, sonaba de repente como una bomba de relojería.

Yo era la pequeña, la única hermana de mis tres hermanos mayores, a la que todo el mundo protegía como a las preciadas botellas de perfume tras las vitrinas. Aunque por edad se me mantenía al margen de las preocupaciones familiares, sabía que los dos mayores tendrían que marcharse al

campo de batalla el día en que cumplieran dieciocho años. Podían mandarlos a Camboya a combatir contra Pol Pot o a la frontera con China: los dos destinos les reservaban la misma suerte, la misma muerte.

Hanoi | Hànnôi | río interior

Mi abuelo paterno se había licenciado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Hanoi en calidad de «indígena». Francia se ocupaba de la instrucción de sus súbditos, pero no otorgaba el mismo valor a los títulos obtenidos en las colonias. Quizá tuviese razón, ya que la realidad de la vida en Indochina no tenía nada en común con la francesa. Por el contrario, las exigencias escolares y las preguntas de los exámenes eran las mismas. Mi abuelo nos repetía a menudo que tras la etapa de los exámenes escritos había una serie de pruebas orales para obtener el bachillerato. Para la clase de idioma tenía que traducir delante de sus profesores un poema vietnamita al francés, y otro en sentido inverso. También había que resolver oralmente los problemas de matemáticas. La prueba definitiva era enfrentarse, sin perder la sangre fría, a la hostilidad de quienes decidirían su futuro.

La intransigencia de los profesores no sorprendía a los estudiantes, ya que la jerarquía social colocaba a los intelectuales en la cúspide de la pirámide. Ejercían de sabios y ostentaban toda la vida el título de «profesores» respecto a los alumnos. Era impensable poner en cuestión sus palabras porque tenían en sus manos la verdad universal.

Por eso mi abuelo nunca protestaba cuando sus docentes le asignaban un nombre francés. Sus padres, bien por falta de conocimientos o como acto de resistencia, no le habían puesto ninguno. Así pues, en las clases tenía un nombre nuevo cada año, con cada profesor. Henri Lê Vãn An, Philippe Lê Vãn An, Pascal Lê Vãn An... De entre todos esos nombres, conservó Antoine y transformó «Lê Vãn An» en apellido.